

# AYLLUYMANTA

Wilson Sucari



**DOI: 10.35622/inudi.b.142**

# Aylluymanta

DOI: <https://doi.org/10.35622/inudi.b.142>

**Wilson Sucari**



## Aylluymanta

Autor:

Wilson Gregorio Sucari Turpo

Primera edición digital

Publicado en Puno, abril de 2024

Libro electrónico disponible en:

<https://editorial.inudi.edu.pe/plus>

**ISBN:** 978-612-5130-32-7 (PDF)

Hecho el depósito legal en la

Biblioteca Nacional del Perú

N° 2024-03325

**Categoría:** Obra literaria

**Editado por:**

Instituto Universitario de Innovación

Ciencia y Tecnología Inudi Perú

S.A.C.

Urb. Ciudad Jardín Mz. B3 Lt. 2, Puno

- Perú

**RUC:** 20608044818

**Email:** [editorial@inudi.edu.pe](mailto:editorial@inudi.edu.pe) /

[info@inudi.edu.pe](mailto:info@inudi.edu.pe)

**Teléfono:** +51 973668341

**Sitio web:**

<https://editorial.inudi.edu.pe>

Publicado en Perú / Posted in  
Peru



*Esta obra está bajo una licencia CC BY-NC-SA 4.0 DEED Atribución- NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional*

**Evaluación de contenido:**

No aplica.

*Los autores son moral y legalmente responsables de la información expresada en este libro, así como del respeto a los derechos de autor; por lo tanto, no comprometen en ningún sentido a la editorial.*

**Declaración conflictos de interés:**

Los autores de esta publicación declaran la inexistencia de conflictos de interés de cualquier índole con instituciones o asociaciones comerciales.

**Financiamiento:**

Publicación autofinanciada.



### **Director Ejecutivo**

Dr. Wilson Gregorio Sucari Turpo

### **Director Académico**

Lic. Sergio Antonio Flores Vargas

### **Director de Investigación**

Dr. Pedro Carlos Huayanca Medina

### **Director de Innovación y Transferencia Tecnológica**

Lenin López Yucra

### **CONSEJO EDITORIAL**

**Director:** Lic. Sergio Antonio Flores Vargas

**Editor Jefe:** Eddy Rodrigo Gonzales Huaman

### **Editores:**

Dra. Bethzabe Cotrado Mendoza / Dra. Manuela Daishy  
Casa Coila / Dr. Edgar Estanislao Mancha Pineda / Dra.  
Luz Wilfreda Cusi Zamata / MSc. Rebeca Alanoca  
Gutiérrez / Dr. Wilson Gregorio Sucari Turpo / Dra.  
Yolanda Lujano Ortega / Dra. Sheyla Lenna Cervantes  
Alagón / Dra. Dometila Mamani Jilaja / Dr. Peregrino  
Melinton Lopez Paz / Dra. Nina Eleonor Vizcarra Herles /  
Mg. Lourdes Antonieta López Cueva / Dr. Carlos Alfredo  
Castro Quispe / Dr. Edgar Darío Callohuanca Avalos /  
Dra. Diana Águeda Vargas Velásquez / MSc. Yésica  
Dominga Díaz Vilcanqui / Dra. Tania Carola Padilla  
Cáceres / Patty Samanta Aza Suaña.



## Contenido

RESEÑA .....	7
Día cero .....	9
Día dos .....	10
Día tres .....	11
En primavera .....	14
Llank'ay .....	16
Presagios de mi tierra .....	20
El velorio .....	23
P'ampakuy / entierro .....	26
Lluvia madre-madre lluvia.....	30
El nacimiento del Titicaca .....	33
El pukupuku y el gallo.....	36
Qhaqya hap'isqa o el rayo del destino.....	39
Pachasofía .....	40

<b>El Yo .....</b>	<b>42</b>
<b>Melodías del Wiñaymarka: El Tributo de los</b>	
<b>Sikuris en el Entierro Aymara .....</b>	<b>45</b>
<b>Cantos de agua en el corazón del altiplano....</b>	<b>47</b>
<b>Mi amado perro .....</b>	<b>49</b>
<b>En los últimos suspiros de la vida .....</b>	<b>51</b>
<b>El canto de las aguas: sabiduría y gratitud en el</b>	
<b>Altiplano .....</b>	<b>54</b>
<b>Los carnavales .....</b>	<b>57</b>

## RESEÑA

"Aylluymanta" es un viaje poético a través de los recuerdos más íntimos y preciosos de la infancia. Este poemario nos sumerge en un mundo donde los días son medidos por la inocencia y la curiosidad, donde cada verso es una ventana abierta hacia la niñez perdida pero nunca olvidada.

Cada poema en este libro es un tesoro que revela la riqueza de la cultura y la esencia misma del alma infantil. Con un toque de nostalgia y ternura, como un abrazo cálido que nos transporta a esos días de inocencia y asombro.

"Aylluymanta" es más que un poemario, es un altar dedicado a la pureza y la magia de la infancia, donde cada palabra es un homenaje a esos momentos que nos moldearon y nos acompañarán para siempre en el camino de la vida.

**Así era antes de ti...**

# Día cero

*Los quevedos de este tiempo*

Son los que te miran,  
te persiguen,  
hasta te dicen que te aman como tú lo harías.  
Pero, ahí están  
en el cine de nuestra alma  
que despojan de nuestras Marías.

## Día dos

Mujer fragancia  
rosa de viento.

Mis ojos eran niños,  
los tuyos álamos  
que levitaban con tu dulce

g

r

a

v

e

d

a

d

en las mañanas que mi voz de

montaña

agudizaba mi pecho

## Día tres

### DESCRIPCIÓN DE UN SUEÑO

Su mirada es franca e inocente,  
tiene los cabellos al viento de los pasos...  
Como si éstos se colgaran en el aire,  
parece ser "la niña de mis ojos".

Sus manos parecen ser alas de una golondrina en  
el aire,

que quieren abrazarme sin descanso ni tiempo...

Y los dos suaves campos de su pecho  
me dicen: "Así te quiero".

¿Cómo respirará su corazón?

¿Tal vez latiendo con la savia de mi nombre?

O con un eterno sollozo que riega mi alma.

Cada día que pongo mis manos a la ilusión de su  
cuerpo,  
a la cintura de fruta y a la fruta de su hermosura,  
la estrella de su pensamiento habla a mi poema y  
dice:

"Me estás abrazando con ternura, con suavidad y  
con amor."

¿Cómo puedo olvidar aquel sueño?

Hasta su respiro la tengo a billonésima  
de todo tiempo, de cada paso, de cada sueño.

Cada suavidad del finito de tu infinita beldad  
parece levantar estrellas y unir las constelaciones  
del espacio,  
y en ellas brillar como una nueva vida que nace  
cada momento, cada momento, cada momento.

¿Qué sería del cielo sin ella?  
¿Qué pasos tan adorables podrían ser...  
que caminan y dejan huellas en mi corazón?  
Son los pasos de la vida,  
son pasos al paraíso,  
son los pasos... de los pasos.

# En primavera

Lo blanco se oscurece;  
la noche vive,  
y esta oscuridad ya es clara de tanto aprecio.

¡Ay noche, ay noche!  
El sol está de siesta;  
las miradas universales  
están presentes en la ausencia.

¿Por qué?  
Porque la nube de nuestras miradas  
adora los quevedos de este tiempo.

**Ahora, que ya te conozco  
Seré otra vez niño.**

# Llank'ay

En el mundo griego y clásico, limitado y oscuro,  
el trabajo era un desprecio, rebajaba al hombre,  
seguro.

Era esclavo y mercancía, sin valor ético ni  
dignidad,  
una carga necesaria, una sombra en la sociedad.

Los romanos lo veían como una “cosa” que se  
compra y vende,  
desligado de la esencia humana, una realidad  
que ofende.

Los hebreos lo consideraban un mal necesario, un  
sacrificio,  
para expiar pecados, una labor en aras del  
beneficio.

Pero en el Altiplano, el trabajo cobra un nuevo significado,  
es fin en sí mismo, plenitud existencial, sagrado y elevado.

Es celebración de la vida, comunión con la divinidad,

la Pachamama es su fuente de vida y bendición, en verdad.

La tierra no es maldita, ni reacia al hombre trabajador,

es un campo fértil que nutre, una conexión de valor.

El trabajo se convierte en un culto a la tierra sagrada,

y en la chacra, su templo, se vive una realidad plena y soñada.

Para el andino, el trabajo es multidimensional y real,

tiene sentido económico, social, ético y emocional.

No separa a la persona de su labor ni de su familia querida,

no hay compra-venta ni enajenación, sino ayni y faena compartida.

La comunidad andina se organiza en base a la solidaridad,

el trabajo se entrelaza con la identidad y la fraternidad.

No hay explotación ni alienación, solo unión y reciprocidad,

en cada faena, se fortalece la vida, en cada ayni, prosperidad.

En el Altiplano, el trabajo se viste de significado pleno,  
una danza de valores que fluyen en cada terreno.  
Es la esencia de una cultura arraigada en su tradición,  
donde el trabajo es amor, respeto y celebración.

En cada verso que dedico, con honor y alegría,  
te entrego mi llank'ay, labor común en armonía.  
Andino de corazón, con efervescencia en cada paso,  
celebro junto a la tierra, con gozo que no tiene ocaso.

En cada labor común, encontramos plenitud,  
una celebración vibrante, llena de gratitud.

# Presagios de mi tierra

Los presagios, en tierra Andina,  
revelan la cercanía de la muerte divina.  
Conocemos sus signos, la reconocemos,  
nos visita en la vida, la recibimos con empeño.

El ser destinado a partir, anticipa su partida,  
recorriendo los lugares de su vida querida.  
Conversa con aquellos a quienes debe o le deben,  
una deuda que se salda antes de que se despejen.

Los signos son diversos, misteriosos y sutiles,  
huellas en caminos, aves en los hogares hostiles.  
La producción de cultivos, alimentos guardados,  
aguas de fuentes, cansancio en trabajos amados.

El viento susurra mensajes en su propio lenguaje,  
la luz del atardecer refleja su último viaje.  
Aparece en sueños y noches de luna llena,  
revelando su presencia, alma en pena.

Los yatiris, sabios de la coca y la lectura,  
leen el destino, revelan la seguridad.  
Pueden cambiar la muerte, dar vida otra vez,  
en las venas del Titicaca, ritos de poder.

La muerte no es tragedia ni temor en estas  
tierras,  
aunque el dolor y la tristeza siempre nos aferran.  
Cuando los presagios se oscurecen los corazones,  
la comunidad se une, evitando esos horrores.

Buscamos saber si llegó su hora o no aún,  
los yatiris deciden, con sabiduría, el común.  
Pueden cambiar el destino y prolongar la vida,  
en armonía, en balance, la existencia perdida.

Una vez que la muerte ha sido anunciada,  
nos preparamos, en paz, para la despedida.  
Atendemos a los antepasados y divinidades,  
buscando la armonía en todas las realidades.

Así, en tierra Andina, enfrentamos el final,  
con respeto y amor, en un ritual ancestral.  
La muerte es un paso, una transición sagrada,  
en la eterna danza de la vida entrelazada.

# El velorio

En la tierra del Altiplano, en días sombríos,  
las comunidades tienen ritos funerarios distintos.

El velorio es más que un simple adiós,  
es un diálogo cercano con el alma en reposo.

Preparamos el cuerpo con cuidado y esmero,  
atendemos al difunto con cariño sincero.

Despedidas llenas de recuerdos y conversación,  
reconstruyendo la vida en cada narración.

Recordamos los momentos difíciles vividos,  
buscando reconciliación, siendo redimidos.

El alma se despide, en paz quiere partir,  
liberada de deudas, anhelando el porvenir.

El perdón es el gesto que no puede faltar,  
el difunto y los presentes lo deben aceptar.  
El alma perdona, anhela el abrazo de amor,  
quiere armonizar, sanar todo rencor.

Nos acercamos al difunto, uno tras otro,  
pidiendo perdón, en un abrazo de otro.  
Es conmovedor ver la despedida sincera,  
en esta noche y en el día del entierro en  
primavera.

El pijchu de la coca trae recuerdos espontáneos,  
donde se comparten momentos buenos y  
añorados.

Incluso aquellos no tan agradables encuentran  
perdón,  
pues Tayta Wiraqocha escucha nuestra oración.  
Es imprescindible el compromiso y la  
participación,  
es un deber comunitario en esta situación.

El ayni nos guía, nos une en esta despedida,  
con el difunto, ningún corazón indiferente se  
mide.

Ellos merecen ser atendidos con respeto,  
sus recomendaciones son sabias, sin objeto.

Llegaremos todos a ese último momento,  
entre vivos, diferencias; con los muertos,  
sentimiento.

En el Altiplano, el velorio es más que un adiós,  
es un vínculo eterno con los seres en descanso.

Escuchemos sus palabras con devoción y fe,  
en su trascendencia, su espíritu se ve.

## P'ampakuy / entierro

En el último adiós, el entierro se acerca,  
un viaje que el alma del difunto emprende.

Preparamos su equipaje con esmero,  
para que no falte nada en su travesía eterna.

Aya wakichiy, la preparación esencial,  
provisiones para su largo caminar.

Alimentos, ropa, coca, herramientas,  
respetando sus gustos, su vida singular.

Sin sus prendas, su espíritu penará,  
buscando lo que le falta en soledad.

Atentos y vigilantes debemos estar,  
brindando todo lo necesario en su viajar.

En el camino al cementerio, Aya pusay,  
la comunidad acompaña en solidaridad.  
Otros miembros trasladan su cuerpo en paz,  
sin lazos sanguíneos, es la tradición ancestral.

Durante el recorrido, atención y cuidado,  
signos en el viento, animales, horizonte amado.

El llanto de los allegados y acompañantes,  
expresiones que revelan la tristeza constante.

El peso del alma, las dificultades en el trayecto,  
deseando llevar otras almas en su afecto.

Los sabios yatiris realizan ritos sagrados,  
suplicando que no se lleve a los vivos amados.

Aya p'ampay, el entierro del cuerpo amado,  
bajo tierra o nichos, formas de reposo  
consagrado.

La orientación adecuada hacia el sol naciente,  
esperanza de renacer, futuro floreciente.

Despedidas, perdones, encargos al partir,  
provisiones completas para el viaje por venir.

Lecturas de los signos, divinidades reciben,  
el alma encontrará su destino, así lo perciben.

Sobre la sepultura, guirnaldas de flores,  
coronas de papel, colores según edades y  
honos.

La comunidad acompaña a los familiares,  
rituales de despedida, comida y bebida en  
altares.

Después del entierro, el lavatorio llega,  
limpiando prendas y purificando su morada.

Los rituales acompañan estos momentos,  
despachando las pertenencias, despedida sin  
tormentos.

En estas costumbres, distintas de lugar en lugar,  
las vestimentas se entregan según su importancia  
familiar.

El alma descansa, los vivos siguen adelante,  
honrando su memoria, en la vida constante.

# Lluvia madre-madre lluvia

Madre de la tierra, lluvia redentora,  
antaño, la sequía asolaba sin medida,  
el ganado languidecía, la esperanza lloraba,  
y en silencio, los pajaritos pedían vida.

Entonces, el cielo, en compasión vestido,  
abrazó la tierra, un lazo eterno tejieron,  
y en ese día, naciste, regalo bendito,  
junto con la quinua, juntos crecieron.

Con el viento y la helada, fuiste creciendo,  
llevando en tus gotas la promesa de alivio,  
madre lluvia, en tus brazos sosteniendo,  
el renacer de los campos, en pleno estío.



Eres la vida que fluye en las venas,  
el canto que aguarda en el horizonte,  
la renovación que la tierra encomienda,  
en cada gota, un milagro se esconde.

Madre de octubre, en tu abrazo sereno,  
se curan las heridas de la aridez,  
y en la danza eterna con la tierra, ameno,  
renaces en cada lluvia, ¡lluvia madre madre  
lluvia!

# El nacimiento del Titicaca

En los albores de los tiempos, en los confines del  
Titicaca,

donde los pumas grises moraban, una leyenda se  
desata.

Apu Qullana Awki, creador del mundo andino,  
con su sabiduría y poder divino.

Forjó la tierra, el cielo, los seres y los animales,  
un paraíso en los Andes, libre de males.

Con su voz majestuosa, anunció a todos los seres,  
“Sean felices, en paz vivan, como hijos de  
Pachamama”.

Un valle hermoso, sin envidia ni rencor,  
un mundo de armonía, del amor creador.

El Apu advirtió: la montaña no escalen,  
allí es donde vivo, mi ser sagrado protejan.

Mas el hombre como hombre, con anhelos sin fin,  
desafió el mandato, deseando ser divino y sin fin.

Subieron al cerro, ignorando el peligro,  
desobedeciendo al Apu, que veía desde lo alto el  
litigio.

Los rugidos retumbaron, el terror los invadió,  
los pumas grises, hambrientos, sus cóleras  
demostraron.

Devoraron a la gente, la desgracia se cernió,  
el castigo implacable, la vida se extinguió.

Cuarenta días y noches el Sol derramó sus  
lágrimas,

Tata Inti afligido por las almas en su drama.  
Sus llantos formaron un lago, un espejo de dolor,  
donde los pumas cayeron, su furia sin valor.

Qaqa titinakawa, los sobrevivientes exclamaron,

"Ahí están los pumas grises", a la laguna  
nombraron.

Titi-caca, el lago nacido de la tristeza y el pesar,

una lección grabada, para nunca olvidar.

Los aymaras agradecidos al Sol, tata Inti  
resplandeciente,

y a la Pachamama, Madre Tierra, su apoyo  
siempre presente.

En su sabiduría ancestral, encuentran guía y  
fortaleza,

respetando los designios, la naturaleza y su  
belleza.

Así perdura la leyenda de la creación del mundo  
andino,

el lago Titicaca, donde los pumas grises son  
divinos.

En la voz del viento, en el susurro del agua y el  
canto del ave,

vive la memoria de un pasado que el tiempo no  
arrastra ni trae.

## El pukupuku y el gallo

En la tierra andina, un conflicto se suscitó,  
el pukupuku y el gallo, su canto discutieron,  
¿Quién anunciará el día nuevo con su voz?  
ninguno quería ceder, sus derechos defendieron.

Decidieron llevar su pleito ante el juez,  
en el camino, el gallo encontró un amigo fiel,  
Un ratón, necesitado de cancha, con gentileza,  
ofreció ayudar al gallo, ser su apoyo cordial.

Ante el juez, el pukupuku su caso presentó,  
"Es mi derecho ancestral, mi canto es tradición",  
El gallo, por su parte, con valentía respondió,  
"Mi familia conquistó estas tierras, es mi canción".

El juez pidió sus demandas por escrito,  
mañana resolvería, dejando el juicio servido,  
pero el ratón ideó un plan astuto y preciso,  
robó las pruebas del pukupuku, ¡qué atrevido!

Entró sigiloso, en la oficina del juez,  
destrozó la queja del pukupuku con avidez,  
también el gallo, confiado en su ser,  
perdió su recurso, el ratón actuó con rapidez.

Al día siguiente, ante el juez reunidos,  
preguntó por los escritos, pero nadie los tenía,  
el pukupuku buscó, su copia desaparecida,  
el juez halló papeles picados, el ratón confundido.

El ratón, temblando, confesó su engaño,  
actuó para ayudar al gallo, fue su empeño,  
el juez dictó sentencia con mano firme en su  
palacio,  
el gallo sería intruso, en las casas condenado.

El pukupuku seguiría libre, anunciando el alba,  
ambos cantarían, anunciando cada día nuevo,  
aprendieron la lección, en esa tierra andina sabia,  
que juntos, con armonía, la paz sería su trofeo.

# Qhaqya hap'isqa o el rayo del destino

En el fragor de la tormenta,  
el rayo cual centinela atrevido,  
surge y sorprende sin aviso,  
a quien el destino ha elegido.

Si mujer, el hijo en su vientre,  
con labio leporino ha de nacer,  
en su rostro, cicatriz eterna,  
más amor y fuerza habrá de tener.

Si varón, augurio de dones ocultos,  
el curanderismo será su andar,  
sanando almas, libres de insultos,  
sus manos, un bálsamo al pesar.

El rayo, divino enigma envuelto,  
un presente, destino en su designio,  
revelando secretos en su alboroto,  
transformando vidas en su ardiente brío.

# Pachasofía

En el telar del cosmos, hilos danzan,  
entretejidos en un abrazo cósmico,  
donde cada hilo es un ser, una esencia,  
unido en la danza pachasófica del existir.

No somos islas en un vasto océano,  
sino estrellas en un firmamento conectado,  
donde el brillo de uno es la luz de todos,  
y el oscurecer de uno, sombra para el resto.

Bailamos al ritmo de la reciprocidad,  
un paso dado, otro recibido,  
en una coreografía divina y terrenal,  
donde dar es recibir, y recibir es dar.

El viento susurra secretos ancestrales,  
de cómo el ser y el deber convergen,  
donde el deber no es carga, sino eco,  
del ser en su expresión más pura.

Así, en este baile cósmico, aprendemos,  
que cada acción es una semilla plantada,  
cuyos frutos son compartidos en el banquete  
de la existencia, interminable y profunda.

Reflexionemos en esta danza pachasófica,  
donde somos guardianes del equilibrio,  
custodios de una armonía ancestral,  
que nos enseña a ser, estando plenamente,  
en este vasto y hermoso tapiz cósmico.

# El Yo

En el altiplano, donde los cielos se tejen con la tierra,

donde las estrellas susurran a los ríos,

el Yo se disuelve, se dispersa en el viento,

en el viento que narra historias de comunión.

En el altiplano, donde las montañas dialogan con las nubes,

donde el sol y la luna danzan en eterno encuentro,

el Yo se entreteje, se entreteje con el Nosotros,

con el Nosotros que canta al unísono en el eco de los valles.

Yo soy porque nosotros somos,

en esta tierra donde el ser se funde con el cosmos,

donde cada aliento es un eco del otro,

un reflejo en el espejo del lago sagrado.

Yo soy porque nosotros somos,  
en este tapiz de existencias entrelazadas,  
donde la soledad es un concepto ajeno,  
una sombra que se disipa al amanecer.

Aquí, en el altiplano, donde la vida es un ciclo,  
un ciclo de dar y recibir en el abrazo de  
Pachamama,  
el Yo se expande, se expande y abraza el  
horizonte,  
el horizonte que une cielos y tierras en un eterno  
abrazo.

Aquí, en el altiplano, donde la individualidad se  
transforma,  
se transforma en una melodía compuesta por  
muchos,  
el Yo se convierte, se convierte en un río que fluye,  
un río que nutre y es nutrido por la vastedad de la  
vida.

En el altiplano, el Yo es más que un suspiro en el viento,  
es la voz de las montañas, el latido del suelo,  
un hilo dorado en el tejido de la existencia,  
donde ser es compartir, y vivir es un acto de amor compartido.

En el altiplano, el Yo se eleva, se eleva y se funde,  
se funde con el infinito, en un baile de estrellas y almas,  
donde cada paso es un verso en la poesía del universo,  
una nota en la sinfonía de un cosmos interconectado.

En el altiplano, soy porque somos,  
y en este vasto ser, descubro el verdadero Yo,  
un Yo que es todos, todos que son Yo,  
en la eterna danza de la vida, donde todo es uno y uno es todo.

# Melodías del Wiñaymarka: El Tributo de los Sikuris en el Entierro Aymara

En las laderas andinas del altiplano, donde el viento susurra secretos ancestrales y las cumbres se alzan como testigos eternos, los sikuris danzan al compás de los corazones que laten al ritmo de la tierra. En el entierro aymara, su música resuena como un tributo sagrado a los que han partido, una celebración de la vida que trasciende la muerte.

Con sus flautas y tambores, los sikuris elevan melodías que se entrelazan con el eco de las montañas, llamando a los espíritus de los antepasados a unirse al último viaje de aquellos que dejan este mundo. Sus pasos son un homenaje a la memoria, una danza que honra el legado de los que ya no están entre nosotros.

En el entierro aymara, los sikuris son más que simples músicos; son guardianes de la tradición, portadores de la cultura y la espiritualidad de un pueblo que encuentra en la música una forma de conexión con lo divino. Con cada nota, invocan la presencia de los dioses de la montaña, pidiendo su protección y guía para los que emprenden el viaje al más allá.

Sus melodías son un puente entre lo terrenal y lo espiritual, un recordatorio de que la muerte no es el final, sino el inicio de una nueva jornada. En el entierro aymara, los sikuris acompañan a los difuntos en su travesía hacia el Wiñaymarka, la ciudad eterna que aguarda al otro lado del horizonte, donde los espíritus encuentran descanso y paz.

Así, entre lágrimas y sonrisas, los sikuris tejen la música que acompaña al alma en su último vuelo, recordándonos que la vida es un ciclo eterno, donde la muerte no es más que un paso hacia una nueva existencia. En el entierro aymara, los sikuris nos enseñan que, incluso en la despedida, la música sigue sonando, uniendo lo pasado, lo presente y lo eterno en un solo corazón que late al ritmo de la tierra.

# Cantos de agua en el corazón del altiplano

En el corazón palpitante del altiplano, donde el cielo besa la tierra y las montañas narran historias ancestrales, el agua fluye como la sangre vital de la Pachamama, madre y custodia de toda vida. Para los aymaras, guardianes del altiplano, el agua no es meramente el susurro de un río o el murmullo del lago; es el aliento de la existencia, el espejo del cosmos, la lágrima y la risa de la tierra.

Aquí, en estos vastos horizontes donde el viento susurra antiguas canciones, el agua es sagrada, un ser viviente que merece respeto y veneración. Es compañera de diálogos silenciosos, receptáculo de ofrendas y plegarias, puente entre el hombre y lo divino. Cada gota, un microcosmos, cada fuente, un altar.

Los aymaras, tejedores de sueños y cultivadores de la tierra, entienden el lenguaje del agua, su ritmo, sus caprichos y sus bendiciones. Ellos saben que cuidar el agua es cuidar la vida, es honrar a los ancestros y proteger a las futuras generaciones. En sus manos, el agua se convierte en semilla y

sustento, en el nectar que nutre la quinua y la papa, en el latido que sostiene al rebaño.

El agua para los aymaras es también el espejo donde se reflejan las estrellas, el portal a otros mundos y realidades. En sus aguas cristalinas, se entrelazan el pasado y el futuro, lo humano y lo divino, revelando que todo es parte de un mismo tejido, de una danza cósmica donde cada gota es protagonista.

Así, en la vida de los aymaras, el agua es poesía viva, un canto que se entrelaza con el viento, un baile que celebra la eterna unión de la tierra y el cielo. En este sagrado intercambio, el agua enseña la humildad, el respeto, la interconexión, recordándonos que somos custodios, no dueños, de las melodías que esculpen nuestros ríos y nutren nuestras almas.

# Mi amado perro

En los senderos silenciosos de la noche, cuando las estrellas titilan como susurros cósmicos y la luna derrama su luz plateada sobre la tierra, el perro negro emerge de las sombras como un guardián de los secretos más profundos del universo.

Es un compañero de pelaje oscuro y ojos que brillan con la sabiduría de los tiempos antiguos. Con pasos sigilosos y firmes, camina al lado de las almas que han dejado atrás el mundo de lo tangible, guiándolas con ternura hacia su destino final: Wiñaymarka, la ciudad eterna que aguarda en los reinos del más allá.

El perro negro, con su presencia majestuosa, es más que un simple animal; es un símbolo de transición y transformación. Es el guardián de los pasajes entre lo conocido y lo desconocido, entre la vida y la muerte. Con su mirada serena, disipa los temores que puedan abrumar a las almas en su travesía hacia lo eterno.

Atraviesan juntos los caminos de la noche, donde los susurros del viento llevan consigo ecos de antiguas leyendas y los árboles danzan al compás de melodías ancestrales. El perro negro guía con

sabiduría cada paso, con la certeza de que Wiñaymarka aguarda al final del camino, como un refugio de paz y serenidad.

En las horas más oscuras, cuando las sombras se alargan y el miedo amenaza con dominar, el perro negro permanece inquebrantable, una presencia reconfortante que inspira confianza y esperanza. No teme a los demonios que acechan en las profundidades de la noche, porque él mismo es un guardián de la luz que ilumina el camino hacia la eternidad.

Y así, bajo el manto estrellado del firmamento, el perro negro continúa su peregrinaje junto a las almas, tejiendo un puente entre lo terrenal y lo divino, recordándonos que la muerte es solo el principio de un nuevo viaje, y que en Wiñaymarka, la ciudad eterna, aguarda la paz eterna para aquellos que han encontrado su guía en la oscuridad.

# En los últimos suspiros de la vida

En los últimos suspiros de la vida, las almas emprenden un viaje silencioso hacia los lugares que una vez amaron. Recorren senderos empapados de recuerdos, donde cada rincón guarda el eco de sus risas y sus lágrimas. Es en esos momentos de calma, cuando el mundo parece detenerse, que la presencia de la muerte se hace palpable, como una sombra que se desliza entre los rincones más íntimos del alma.

Los perros, fieles compañeros de la existencia humana, se convierten en heraldos silenciosos de la partida inminente. Sus hocicos escarban la tierra con una solemnidad que trasciende las palabras, anunciando con cada hoyo cavado la proximidad de un adiós. En las cocas, entre las hojas, se vislumbran los presagios de la partida, como pequeños susurros del destino que se deslizan entre los pliegues del tiempo.

La gente murmura, con voz cargada de temor y resignación, que alguien conocido está a punto de partir. Advierten con gestos de precaución, pronunciando palabras cargadas de significado ancestral: “Qollo, qollo”, como un susurro de advertencia que se eleva desde lo más profundo del alma.

El alma, en su danza final antes del ocaso, se prepara para su último viaje. Si ha sido buena, encontrará la paz en el momento de la partida, abrazada por la serenidad de una vida bien vivida. Pero si ha sembrado el dolor y la discordia, su agonía se prolongará en el tiempo, como un eco de su propia oscuridad que se aferra a la luz que se apaga.

Y en el umbral entre la vida y la muerte, siempre fiel, siempre presente, el perro negro aguarda. Si en vida recibió amor y ternura, será su compañero en el último aliento, velando su paso hacia lo desconocido. Pero si el corazón humano se cerró al afecto y la compasión, el perro se alejará, dejando al alma en la oscuridad de su propia soledad.

Así, entre lágrimas silenciosas y suspiros de despedida, el alma se despide del mundo que conoció, mientras el perro negro, testigo silente de la partida, sigue su eterno camino hacia el horizonte de lo desconocido. En ese instante fugaz, donde se entrelazan la vida y la muerte, encontramos la esencia misma de nuestra humanidad: la eterna búsqueda de amor y redención en el umbral de la eternidad.

# El canto de las aguas: sabiduría y gratitud en el Altiplano

En el altiplano, donde los suspiros se mezclan con la sed, donde la lucha por el agua es más que una batalla, es un duelo por la vida misma. El agua, divinidad líquida, se alza como un dios entre nosotros, omnipresente y omnipotente, pero tan delicado como un susurro en el viento.

No se acostumbra a dar gracias por el agua, pues su presencia es tan común como el aire que respiramos, pero tan vital como el latido de nuestro corazón. Invitar a alguien a beber de sus aguas no es un acto de generosidad, sino de reconocimiento de que el agua no nos pertenece, somos meros custodios de su esencia etérea.

El agua, linda como la vida misma, refleja en su ser la belleza y la crueldad del mundo. Es la sangre que nutre a la Pachamama, la madre tierra que nos sostiene en su regazo. La Pachamama se regocija con cada gota que cae del cielo, como lágrimas de alegría que alimentan su espíritu eterno.

En los meses de la temporada de lluvias, pronunciamos nuestras plegarias al cielo, implorando que el agua, esa divinidad benevolente, nos bendiga con su presencia. "Parakuy para timpuykin para", clamamos al viento, rogando que la lluvia encuentre su tiempo para danzar sobre la tierra sedienta.

Los niños cantan al compás de la lluvia, mientras los charcos se convierten en el escenario de sus juegos inocentes. Pero detrás de la alegría infantil y la lluvia torrencial yace la sabiduría del agua, que nos enseña que su cuidado y protección son imperativos para nuestra supervivencia.

El agua tiene el poder de curar nuestros sustos y malestares, como un bálsamo para el alma y el cuerpo cansado. Si alguna vez perdemos el ánimo, los yatiris nos guiarán hacia los ríos sagrados, donde el agua susurrará palabras de consuelo y nos recordará que somos parte de algo más grande que nosotros mismos.

En el altiplano, el agua es más que un recurso, es un testamento de nuestra conexión con la tierra y con el universo mismo. Su sabiduría nos empuja a contemplar nuestra existencia con humildad y gratitud, y nos recuerda que, en última instancia, somos simplemente gotas en el vasto océano de la vida.

# Los carnavales

En el altiplano, donde la tierra es fértil y generosa, donde los carnavales celebran la abundancia de la Pachamama, la alegría se desborda como un río en crecida. Pujllay, el juego de los carnavales, es más que una festividad, es un tributo a la vida misma, a los frutos que nos brinda la madre tierra con su inagotable amor.

En estas fechas de agradecimiento, los hombres llevan serpentinas y vino, adornando las chacras que florecen con sus danzas y cantos. Con warakas multicolores en mano, honran a las papas y quinuas que brotan, cubriéndolas de serpentina y rociándolas con vino, como gesto de gratitud y respeto.

Y luego, entre las montañas sagradas, emerge Wiracocha, vestido de blanco y montando un caballo blanco, anunciando su presencia con un grito que estremece el alma. Sus hijos acuden a su llamado, esperando recibir sus bendiciones con fervor y esperanza. Se piensa que, el primero en alcanzar su gracia será bendecido con la primera cosecha, con el fruto de su trabajo y su devoción.

Los niños corren a su alrededor, riendo y jugando, mientras Wiracocha se regocija con su inocencia y alegría. Es recibido con honores en una casa de toldo blando, donde su presencia es reverenciada con respeto y gratitud. Bailan las wifalas en su honor, recibiendo las bendiciones de la Pachamama en forma de maíz, símbolo de la abundancia y la prosperidad.

Wiracocha, con la gracia de un ser benevolente, esparce los primeros frutos al público, y la gente, con ansias y alegría, se apresura a recogerlos, conscientes de que cada mazorca y cada grano representan la riqueza y la generosidad de la madre tierra. Mientras esparce los frutos simbólicos, sus palabras resuenan como un eco de sabiduría ancestral, anunciando cómo se comportará la naturaleza en el año venidero: si las lluvias serán generosas o escasas, si los vientos de agosto soplarán con fuerza o serán apenas susurros en la brisa. Se despide con gratitud, aceptando la carne de llama como ofrenda para su viaje, y promete volver el año siguiente, con la promesa de traer más bendiciones y regocijo a su pueblo.

En el altiplano, donde la tierra y el cielo se encuentran, donde la vida florece en cada rincón, los corazones se llenan de gratitud y esperanza, mientras celebran la generosidad infinita de la Pachamama y la presencia amorosa de Wiracocha. En este festival de la vida, las lágrimas que brotan son lágrimas de alegría, que derraman la belleza y la emoción de estar vivo y en armonía con el universo.

Este libro se terminó de publicar en la editorial

**Instituto Universitario  
de Innovación Ciencia y Tecnología Inudi Perú**



ISBN: 978-612-5130-32-7



9 786125 130327